





**Comprender el desierto  
es comprender el mar**

FRANCISCO JAVIER  
EXPÓSITO LORENZO



la + pequeña

Título original: Comprender el desierto es comprender el mar

© Del texto: Francisco Javier Expósito Lorenzo

© Ilustración de cubierta: Ana García Cerezo

Madrid, enero 2021

Edita: La Huerta Grande Editorial

Serrano, 6 28001 Madrid

[www.lahuertagrande.com](http://www.lahuertagrande.com)

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-17118-81-5

D. L.: M-28634-2020

Diseño cubierta: La Huerta Grande sobre original de Ana García Cerezo

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra, 27.

28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/Printed in Spain

*A mi padre y mi madre, mar y desierto, desierto  
y mar, porque el viaje de comprenderlos es el  
viaje de comprenderme.*

*Gracias a mis queridos compañeros de viaje:  
Victoria, Ariadne, José, Patricia, Jesús, Natalia,  
y a nuestro guía Omar y sus bereberes Josef, Da-  
vid, Mohamed y Ahmed con sus dromedarios de  
gloria...sin su generosidad, el viaje no hubiera  
sido el viaje...y gracias a todos los sucesos que  
me arrastraron a esta aventura de desapegos...*



*Y mi viaje no fue sino en mí y no me buscaba sino a mí mismo.*

*Revelaciones, Ibn-Al Arabi*

*...Y fue llevado por el Espíritu al desierto...*

*Lucas 4,1*

*Yo soy la voz del que clama en el desierto:  
«Enderezad el camino del señor»*

*Juan 1,23*

*Amo el desierto porque es el lugar  
de la posibilidad absoluta.*

*El amigo del desierto, Pablo d'Ors*

*No hay distingos entre lo que te destroza y lo que te crea, pues es el mismo viento el que esculpe las dunas y las borra, la misma ola que esculpe los acantilados los derriba...*

*Ciudadela, Antoine de Saint-Exupéry*





Entendí que comprender el desierto es comprender el mar, que el desierto que ahora es desierto devendrá mar, y el mar que ahora es mar devendrá desierto, porque mar y desierto son lo mismo, misma cosa de lo uno y su vacío que es todo. Hermanos, escuchad la canción del mar de arena, escuchad la canción de las olas que son dunas, las dunas que son olas, yendo y viniendo, viniendo y yendo, formándose y diluyéndose como sombras que fueron y dejan de ser, pues en un grano de desierto, en una gota de mar, se esconde la célula que es un universo y el universo que es una célula, y eso que eres vertiéndose entretanto como si tal cosa...

Anhelo llegar al desierto para desprenderme de lo que percibo extraño a mí, y entonces cuestiono a éste que me creo y las cosas que considera ajenas: el móvil, una pluma, el plástico, el alquitrán, una colilla, una mesa de madera, un ladrillo. Sí, las considero artificios, pero ¿y si fueran parte de esto que soy?, ¿y si fueran como la arena?, ¿como las dunas?, ¿como las olas?, ¿como las gotas de agua?... ¿no habitan acaso el zinc, el oro, el rodio o el berilio un móvil?... ¿acaso estos minerales no son parte de la vida?, ¿no están todos los objetos compuestos de átomos?, ¿y este cuerpo en el que te envuelves no está creado en esa misma física? Y cuando me pongo a contemplar esas cosas que me provocan rechazo con los ojos de este cuerpo, ¿no soy parte de ellas aun detestándolas?, ¿no

son pétalos de esa flor que desprende todas las fragancias?, ¿de esa conciencia en la que se funde todo por donde se vierten arena y agua como la miel de una colmena?, y entonces de qué desprenderme si nada me es ajeno...al decir de Jesús de Galilea...  
...Y el ansia, el deseo, la ira, la rabia, la tristeza, que vibran en onda, encienden y apagan las cadenas de aminoácidos, usan y rehúsan nuestros códigos genéticos lanzando mareas de vibración a todo eso que nos parece inorgánico, anegando de seísmos este cuerpo que portamos...¿no terminamos identificando esas emociones que nos incomodan con esos objetos que nos son tan extraños?, y sin embargo el alquitrán, la colilla, el plástico, el móvil, la mesa de madera, la ropa que nos viste son como el agua del mar o la arena del desierto, parte de la miel que a veces endulza y a veces empalaga, y a la par conciencia misma que se vierte de la fuente de la colmena, cuyo resultado da lo mismo siempre, parte y todo, todo y parte, ¡qué más da!, si aceptamos que

todo es por siempre, ¡de qué preocuparnos!, ¡de qué alejarnos!, ¡a qué acercarnos!, si lo que va vuelve y lo que vuelve va sin que no haya lugar que no sea todos y a la vez el mismo. No puedo desprenderme de lo que es imposible desprenderse, porque no hay nada de lo que desprenderse cuando aceptas que eres todo eso: mar, desierto, arena, agua, calma, soledad, silencio...móvil, plástico, alquitrán, colilla, silla, móvil, ruido...

Olas y olas de arena que se someten, se elevan, se sirven y se inclinan, fundidas en un trino que silba al ritmo del viento, a los ojos siempre las mismas, a cada momento distintas. Sentimos el vértigo que nos da aquello que sabemos que cambia y desde fuera sigue pareciendo lo mismo, la forma que se deforma para nacer lo que creímos ya haber contemplado; la línea que sucede, el fondo que se agita, realidad que se fuga a nuestra mirada. ¿No ves la marejada de risas que nos envía el desierto sabiéndose ingobernable?

El bereber canta para acompañarse en la soledad del desierto, y escucho la música del hermano que camina a mi lado, sobre los pasos del dromedario que bebe el rocío y come la maleza surgida como silo de alivio. No hay piel, no hay lengua, no hay creencia que separe a dos hermanos, sólo sentimos la canción que nos ocupa el corazón a la mañana, sólo nos damos uno a otro los ojos.

Contando los granos de arena no te ganarás el infinito.

Viniste al desierto para enterrarte. No hay nada más fácil para la arena que dormirte en sus brazos. Despertar es cuestión tuya.



No hay fondo de verdad en las huellas, no hay eternidad en su horma reposando. ¿Ve uno al viento llegar?... Poco a poco, grano a grano, las huellas del camino se van borrando, y uno no es capaz de encontrarse, y uno no es capaz de seguirse los pasos, de que alguien le siga los pasos, y al momento, no hay nada, no hay huella, no hay rastro, de nuevo el suelo de arena es virgen, y el desierto se hace verdadero, destructor de caminos que nos hicieron, de huellas que acaso tuvimos, borrándonos cualquier rastro, cualquier identidad, cualquier deseo de dejar un algo en el sendero, cuando tal vez no ocurrió nada, no sucedió nada que diera a alguien la posibilidad de hacer algo.

Vi a alguien que osó coger un puñado de arena creyendo llevarse consigo el desierto, ignorante de que éste siempre escapa de los humanos, pues tal como el mar existe en cada gota que se nos derrama, así vive el desierto en cada grano de arena que se cuela entre las rendijas de las manos.

¡Oh mar!, ¡oh desierto!, cuando quiero poseeros no os poseo y cuando quiero liberaros no os libero, por más que me empeñe, por más que me rinda, nada consigo porque nada hago, sucede todo más allá de mi entendimiento... Las olas se avivan y mueren, las dunas se erosionan y alzan, y sigo creyendo que aún puedo dominar, que aún puedo ponerle fronteras al mar y vallas al desierto, y pretendo tomar otra vez las riendas y dar la libertad cuando es imposible... No, no se puede, no se puede libertar aquello que siempre fue libre.

No hay dromedarios ya libres, no hay camellos sueltos que corran despreocupados por el desierto, todos tienen ya dueño; y, sin embargo, no se doblegan salvo cuando sirven al ser humano, no doblan sus patas excepto para cargar hombres, mujeres y víveres aunque les duela el pecho. El dromedario te mira con ojos de paciencia pese a parecer no verte, te toma a su lado para que te cobijes bajo la sombra de su lomo cuando el sol es un escualo de dientes amarillos. Es un animal de paz y no rehúye la guerra, es un peinador de la arena y aúlla a la luna. El dromedario es un proscrito de los bereberes que huye cada noche, vacía su rabia en la arena y vuelve cabizbajo al alba, recogido por el camellero como un niño pillado a punto de dejar la escuela.

Cuando miro por el ojo del camello veo  
la aguja del desierto, y en cada grano de  
arena que brilla en su pupila vislumbro el  
rostro que llevo dentro.

El silencio suena como un horizonte que se enciende al alba.

Dicen que el desierto masculino está hecho de piedras. Que las montañas son pedregosas como los pensamientos de los hombres. Dicen que el desierto femenino está hecho de arena. Que las dunas se mueven como mareas que cimentan los médanos y liberan la vida dentro de las mujeres. Dicen que cada piedra es un hombre que se convirtió en coraza. Que cada montaña es un reguero de corazones atrapados en el miedo, y cuando llega la torrencera, se lleva consigo a muchas de estas piedras y las deja a la deriva, naufragadas en mitad de un camino que nunca habrían elegido. Dicen que cada grano de arena es una mujer que se hizo diminuta. Que cada duna es una reunión de madres que unieron sus vientres en pos de un solo hijo, y cuando azota el vien-

to sus granos de arena vuelan, arrojados de un lugar a otro para volverse a juntar y aupar de nuevo, como si nada hubiera pasado y la duna que dejara de existir nunca dejara de ser.



En el mar uno aprende a estar quieto cuando queda a la deriva. En el desierto uno aprende a estar quieto cuando se da cuenta de que está perdido. Se trata de hallar calma en la adversidad, dirección en la confusión, un camino en medio de la tormenta que borra las huellas. A veces no vale volver sobre tus propios pasos, a veces sólo vale la pena aguantar confiado, esperar paciente la llegada de una mano o el resplandor que surja de dentro. En el mar las olas te arrastran a lo profundo, en el desierto las dunas te atrapan en sus sombras, y muchas veces marchitan la flor que cogiste en la mañana esperando sembrarla al cabo de la tarde. Si te pierdes en el mar, déjate guiar por las olas; si te pierdes en el desierto, bebe la luz de

las dunas. No pienses, no pienses, pues el pensamiento es como una mota de polvo que nunca llega a hacerse arena, es como una chispa de agua que nunca llega a hacerse gota.

Si dices que hay conchas y caracolas bajo el sol más ardiente, no ves ningún espejismo; si adviertes la sombra de la sal sobre la tierra más enjuta y agrietada, no has visto un espejo roto. Donde hubo mar hay desierto y donde hay desierto hubo mar, la noche cae tras la rendición del día, las estrellas se alzan en todo su esplendor tras el aliento del ocaso, y con el ocultarse de la luna llega el mostrarse del sol, uno tras otro siempre, como la rama se viste de hojas con la llegada de la primavera, y se desnuda tras acalorarse en verano con la venida del otoño. En lo pequeño y en lo grande vienen y van los ciclos que atañen y unen a todo lo manifestado, volviendo lo viejo nuevo y lo nuevo viejo, a lo femenino masculino y a lo masculino femenino, a la ballena

camello y al atún jerbo, al tiburón escorpión y a la tortuga escarabajo, a la ola duna y a la duna ola, a la arena agua y al agua arena, a la gota grano y al grano gota, ¿o no sabes que en un dedal cabe tanto un desierto como un océano aunque pongas sólo una gota de agua o un grano de arena?

Amo la luz de los bereberes y el canto de la tormenta.

Amo el corazón de los bereberes y el pozo de agua.

Amo la paciencia de los bereberes y el olvido de la distancia.

Amo la inocencia de los bereberes y la suavidad de la arena.

Amo el alma de los bereberes y el resplandor de la estrella.

Uno no sabe la vida que bulle en sus venas  
hasta que encalla en las dunas.

Uno no sabe la ola que eleva con sus deseos  
hasta que abate un tsunami sobre la jaima.

Uno no sabe que nunca supo hasta re-  
nunciar a asir un puñado de arena.

Uno, ¿tú?, ¿fuiste acaso?, uno, ¿yo?, ¿fui  
acaso?, moldes varados en un muelle de  
médanos donde fondean los que acaso  
creyeron hacer algo.

Uno no sabe, y cuando sabe que no sabe,  
habla distinto, sin afectarse, ajeno al es-  
pejo del mundo, contento de ver el fun-  
dirse del agua en la arena o el diluirse la  
arena en el agua.

Uno no sabe el mar que lleva consigo  
hasta que arriba al desierto.

Mohamed ata las patas delanteras de los dromedarios, les deja pequeños pasos de libertad que recorren ajenos a su amarre, proscritos creyendo alejarse del lugar de su condena; podría atarlos a pata coja y hacer como el resto de camelleros, por ganar tiempo y ahorrarse vida en su busca, mas prefiere andar kilómetros tras su sombra, permitirles un sueño de libertad por que sientan al menos la dicha efímera de la huida. Mohamed vive el trabajo de reencontrar a los animales como un volver a unirse a ellos; es su vida la que se postra ante el camello al reconocer su gesto de digna marcha, y por eso les sigue las huellas, tierno, paciente, susurrándoles cánticos que arroja al viento tras sus rastros. Mohamed conoce a los dromedarios como a sí mismo, los despierta a la

luz y los adentra en la noche, los cuelga el peso que saben cargar, los acaricia con el dorso de su mano, los mira con ternura, y siente dolor cuando gimen como niños quejándose del peso. Mohamed sueña con sus animales, los ve volar de estrella en estrella dando grandes saltos, iluminándoseles las jorobas al beber la luz que en el mar de arena riel a luna, faros que guían a los nómadas en las noches de tormenta, cuando el desierto envía sus mareas y convierte a los bereberes en marinos que han perdido sus barcos.



En el precipicio de la duna me desvalijo de rigideces, doy vueltas, torbellino sin freno, manchado de arena hasta el abismo de los huesos, tan mareado como el grumete que pisa por vez primera un navío, a voz en grito soltando lastre dejo que este buque al que llamo cuerpo soople velas, y arrío la bandera que tuve por mía dando la mano al niño volteado en juegos de suelta y rasga el velo, ese yo entregado a las cunetas brotadas entre los dientes de arena.

«¡Atraviésame y muere!», clama el desierto. «¡Adéntrate y olvida lo que fuiste!», grita. «¡Ven!, ¡déjate a la arena!», pide. «¡Crúzame y ríndete a lo que venga!», insta... ¡No quiero!, ¡no quiero!, me repito, con el me, mi, conmigo que siempre visto... «¡Desnúdate y lávate con mi arena!», me anima el desierto. «¡Bebe de mi agua!, ¡húndete en mi pozo!», me susurra, y no le quiero oír, no quiero entregarle mi pecho...¡no quiero, no quiero, no quiero!...darle mis besos no quiero, darle mi voz no deseo, y me resisto a dejar de ser lo que sabía, a dejar de ser lo que entendía, a dejar de ser lo que más quiero, y en el cuerpo que se agita antes de pasar la frontera distingo lo que me da miedo: la muerte de la huella, el evaporar de la

carne, dejar de pensar y sentir como yo sé que siento...

«¡Déjate sumergir en mis dunas!», me ruega, «deja que te lave con mis estrellas a la noche antes del sueño, para que cuando despiertes en mis brazos sean sólo la luz y el silencio tus guías, fuera de todo ruido, fuera de toda duda, fuera de toda ausencia, dentro de todo, dentro de todo, dentro de todo sin hacer nada en eterno arrullo».

Van enterrándose en el desierto poco a poco los deseos, vas andando por valles de dunas que siempre parecen los mismos, y poco a poco olvidas qué era lo que buscabas, a cada paso cayéndosete los anhelos, viejos amuletos que ya no sirven para nada, que ya no te llevan a ninguna parte, y los bolsillos se vacían porque siempre acaban llenos de arena. No puedes llevar más peso que el necesario para vivir ese día, un talego de agua, un turbante cubriéndote la cabeza, y al mirar hacia el horizonte no hay un lugar al que dirigirse porque todos parecen el mismo. Caminas por la arena sin hollar que rellena de nuevo el viento, al igual que la espuma de las estelas muere al momento, y la conciencia se hace entonces presente en tus adentros, cuando mañana, ayer

y hoy cesan, y todo intento de retener,  
todo intento de obtener algo agoniza sin  
esfuerzo, apagándose suave y dulcemente  
como un cerrar de ojos.

A veces uno confunde la arena con el agua; al agua le echas arena y se adensa, a la arena le echas agua y se endurece. Y, sin embargo, por sí solas, agua y arena caben en cualquier frasco, caen a su fondo derramándose ambos, fieles a su naturaleza, sin hacer cambios, adecuándose al medio que se les ofrezca; agua siendo agua, arena siendo arena, materia desusada por el tiempo, moléculas de universo unidas que nunca dejaron de ser lo que eran.

Arde en ti una llama apenas entrevista,  
una fuerza fuera de toda comprensión de  
la mente, de toda enseñanza que no haya  
tenido chispa, a la espera en cada pozo  
de agua que te tiende el desierto, en cada  
capa freática que se esconde bajo la pie-  
dra. Es una energía que siempre estuvo,  
es una flama que siempre aguardó en tu  
corazón el instante, hilada al sendero que  
escribió tu alma entre los corales de las  
dunas. Y está en cada pozo que no ves, en  
cada pozo que escarbas con tus manos,  
asida a la voluntad con la que naciste,  
para dar a luz lo inesperado, para dejarte  
llevar a lo inexpresable, abierta a lo que  
reposa en el fondo oscuro, abierta a lo  
que espera al filo de la luz vertida en el  
agua. Y has de saber que nadie ni nada  
podrá ponerle freno, nadie ni nada sabrá

ponerle un candado. Esa energía viene del vientre más puro, del cristal más transparente, del centro de la fruta que mordiste sin piel, del polen que aspiraste a la flor en sus estambres, del agua que bebiste en las tripas del océano que creíste desierto. Es un fuego que asciende, es un chorro que propulsa tu vacío más profundo y lo llena para después vaciarlo, convertido en aire que lo impregna, que lo inunda todo con una levedad de vértigo, más allá de lo que nunca viviste en tu sueño, más allá de cualquier más allá que el soñador soñara, más allá de cualquier luz que alguien apagara, justo en el no recuerdo, en el no mañana, en el esto que llega, viene y se va como la ola, como la duna, como el viento que fue luz llevadera, y ahora queda convertido en silencio quieto, despojado, que ilumina todo lo que eres.



No entiendo de *tú*s ni de *yo*s cuando escucho al desierto. El silencio de lo que soy se cierne como la hoja de una guadaña, y siega mi pertenencia, siega mi vocación, siega mi identidad como el trigo del campo al final del verano. Hay un vacío que me toma con suavidad, que acuna mi caída a la arena donde el tiempo se pierde, y el espacio no es más que un cuerpo que se hace y rehace tomando una forma y a la vez todas. No entiendo ni de *tus* ni de *yos*, dejo de sentirme sólo ahí dentro para sentirme fuera a la vez que dentro, y el que mira no es el que era porque el que era no es el que mira, y acaso los ojos se extrañan de ser ojos, y la boca de ser boca, y el cuerpo no es más que prolongación de la duna, y entonces la mente es un río desecado, cesa

el sonido de la corriente, solo cauce que queda, y se abre un espacio, más allá de la desembocadura, donde sólo se extiende el mar.

A cada paso me voy cayendo, a cada paso me voy desposeyendo de aquello que, iluso, pensé era mío; a cada duna me pierdo un poco más en lo que desconocía, en cada pozo de agua oigo aún más lejano el eco de mi nombre, y llega la arena con olor a salitre, llega la noche con un aliento húmedo, y entonces todo lo que creí cierto me confunde... Un solo paso más, y puede que me ahogue en este mar sin remedio...

La luna está inflada como un pez globo  
que ilumina la noche.

No necesito mis ojos, no necesito ver mis pasos, no necesito nada de mí para andar este camino, para seguir hacia el centro que no tiene centro.

¿Hay revoluciones?, ¿hay meandros en las mentes que quedaron lejos?, ¿hay deseos de mejora?, ¿hay de poder bruscos virajes?, ¿es rotunda la certeza?, ¿es el anuncio de un nuevo camino?, ¿brotarán los lirios?, ¿arderán las rosas?, ¿seremos todos de nuevo fraternos, iguales, libres con el soplo del viento? ¡Oh humano!, ¡fieramente humano!, ¡dignamente humano!, ¡mírate en los desiertos para hallar bajo ellos los mares!, de lo que juzgas pobre, parvo, desasido, hueco...obtienes riqueza, color, plenitud, y un gozo secreto en no ser culpable de nada que nade en esta nada.

La memoria se vacía en el silencio, dejas caer la arena del puño, la derramas en hilo de vuelta al desierto, y en ese fluir te anegas de ese vacío recién creado, rendido a cualquier deseo de atrapar el tiempo, abierto a la muerte de cualquier pasado, de toda espera sumida en futuro, sólo testigo del regreso de lo que es a lo que es, de la arena a la arena, del tiempo al sin tiempo, de lo visible a lo invisible, ¿acaso puede uno vender la piel del agua?, ¿acaso puede alguien meter el desierto en una clepsidra?

Tú, tú, tú, ¿tienes?, ¿tienes?, ¿tienes?...  
Desnúdate esta noche sobre mi vientre  
de duna, tiéndete mañana bajo el sol que  
dora los médanos, y sabrás al ocaso de  
cómo la piel y la carne se marchitaron...  
sólo te pido que vayas más allá de la que-  
madura, sólo te pido que vayas más allá  
de tu desnudo, y te digo que hallarás  
un mar sin fin posible, una calidez que  
mece sin nombre, una calma que habita  
sin espacio, un estar continuo sin tránsi-  
tos, donde toda muerte es un bulo, don-  
de todo marchar es una quimera, don-  
de todo tú que tuvo queda desposeído,  
donde todo tú que estuvo en algún lado  
se disuelve...y no fue ayer ni será maña-  
na...¿no lo sabes?... Es...



Los monstruos cesan de gritar al ver atrás los ríos de piedra que quedaron tras los cursos de agua, justo cuando desembocamos al horizonte de las arenas hiladas de luz, cosidas de sol en sol, arpilladas de sacos terreros de conchas, ammonites, trilobites, urnas de tiempo ahora que fueron vida en su día, certeza de muerte en la primavera, prueba del ir y venir de estaciones que se manifiesta unánime. Los monstruos llegan, sueltan su trueno de tormenta con el fin de asustarnos, acuden al abismo del derviche que resiste a la bailarina que danza, al filo del desierto de piedra aún no rendido a la arena.

Batallar con la arena del desierto es de locos, batallar con el agua del mar es de orates, cualquiera entiende que no se puede ganar, que te partirás un brazo o te derrengarás antes de que tu espada haya partido por la mitad un grano de arena o haya tajado la espuma de una ola. Así batallan los esclavos sin esperanza de ser libertados, ahítos de ira cuando la arena se les mete en los ojos o tragando mar cuando un golpe de agua les pilla desprevenidos: y así son el desierto y el mar sin jugarretas... ¡Tómalos o déjalos!... Si eliges resbalar por las dunas o nadar con las olas, lo que es no deja de ser por mucho que pidas que cambie. Cesará el viento y la arena dejará de metérsete en los ojos, virará la tormenta y te arrullarán las aguas, aunque jamás verás alterada la

incertidumbre que llevan consigo el desierto o el océano. Tú sólo ocúpate de estar despierto...

Pese a que no llueva en el desierto y apenas caigan gotas, el agua rebosa en sus entrañas y da de beber a quien bucea en sus adentros; da igual que hierva la arena, que la luz queme a los jerbos, que el aire viaje llama de fuego, el desierto siempre da de beber a sus hijos porque saben mirar más allá de su piel de oro, más allá del brillo que ciega, allí donde se encuentra el tesoro, el agua que nunca se agota, la sed por siempre colmada.

¿Qué es una caracola en el desierto?...  
¿una herida dejada por el mar?  
¿una sombra de espuma varada?  
¿un aviso para navegantes?

Los nómadas no saben de leyes, viven bajo el sol más tórrido, sus muros son de barro cocido, hallas alivio de la solanera en su morada sólo con sentarte en el suelo, observas al cordero balando junto al bebé que duerme en una hamaca, el horno alimentado con ramas de espinos, y ofrecen su hogar a la caravana a la luz de una infusión en taza, la niña y su madre mirándonos sin espacio para retirar los ojos, y fuera el sol acechando con su castigo, y comprendes entonces el sentido de estar seguro aquí donde los muros son de arena y los techos de agua.

Omar es amor y amar es la rama que lleva al único cielo que conozco.

Victoria, te doy mi abrazo, te doy mi bendición, te contemplo para decirte adiós...te desheredo, te abandono, te tiendo en las cornisas de las dunas para que llueva la arena y te entierre con todos los honores.



Joseph hace el pan todos los días. Calienta las brasas con ramas de acacia, se lava varias veces las manos, amasa la harina con fuerza y cuidado, deja la masa cocerse en la arena, cuida con mimo la viveza de la hoguera, limpia de polvo el pan ya hecho, lo guarda cubierto para sostener su ternura hasta que llega a nosotros, en los desayunos, en las comidas y en las cenas como el fruto de su alma. Será por eso, nos decimos, que siempre nos llena y conforta, será por eso que lo comemos devotos, será por eso que al sentirlo dentro de la boca nace la alegría.

David nos sirve al filo de la noche el té o la hierba luisa, bajo el agitarse del techo de la jaima su sonrisa nos entrega, infiel al cansancio guarda un rayo de luz en cada manga de su chilaba, nos escancia con la reverencia que los bereberes otorgan a sus invitados, y cuando uno de nosotros pregunta si es feliz sirviéndonos, no consigue entender y nos devuelve la pregunta: «¿y por qué si decido servir no iba a ser feliz?» Eso nos dijo David, un bereber nacido en el desierto que guarda la música del mar dentro.

Ahmed pica los pimientos, lamina los tomates, muele el cilantro, esparce el laurel, jalea la cúrcuma, rocía el comino y el sésamo sobre las verduras, hace de su silencio el condimento máspreciado, nadie le ve ni le oye, sólo sabemos del regalo de sus manos al paladear la sopa, cuando se descubre el tajín a los ojos... Ahmed es tímido como los peces del desierto que se esconden bajo la arena, sólo divisa la huella de su rastro en tu estómago, sólo se mostrará al llevarle los platos vacíos, y la luz de su bondad se expresará entonces sin freno, pureza de una flor que ha crecido a hombros del desierto.

Los dromedarios protestan de mañana a los bereberes, se lamentan como niños que no desean llevar sobre su joroba las vidas de otros. Nacieron para el desierto, pueden caminar sin agua, pueden comer espinas y dormir mirando a la luna lucir en medio del cielo. ¿Cómo llegaron a esto?, ¿cómo inclinaron su cuello hasta ser cabalgados?, ¿quién osó ponerles los grilletes que apresan su servicio? Los dromedarios engendran recuerdos de sus baños de arena, se pierden por los caminos sin medida, usan sus pezuñas igual que boyas de salvamento, a veces advierten estelas en el horizonte tras las que escarpase, y náufragos quedan flotando entre mares, a medio camino de ninguna parte, sus ojos de pestañas fecundas reflejando la infinitud del cielo.

El valle del Draa halla a alguien que no es el mismo del comienzo, a alguien que se ha estado yendo sin saberlo, que avanzó con la caravana hasta la hora del regreso. El valle del Draa se alarga como una lengua de mil lenguajes que ya no se entienden, acoge un océano de palmeras como palabras que hablan de alivios, oasis nacidos en las nieves del Atlas al alzarse la primavera, Titán que cargaba aún sobre sus espaldas la culpa del amado, la tristeza del vientre que amaña el espíritu y sobre sus hombros sostiene el peso del mundo. De regreso, el Titán ya sólo soporta sobre sus espaldas la luz del cielo, olvidado de los nombres que poblaron la tierra, desasido de las llamadas que agitaron el aire, evadido de los laberintos que prendió con su llama el

fuego, anegado por el mar de silencio  
que funde en su vacío el alma de todas  
las cosas.

Atlas que tan alto parecías, te abatiste por  
el peso de la nieve en tus alturas.

La luna rompe el cielo con la algidez de su reino, humedece la luz de las estrellas aplacándolas, abre las venas del desierto enseñando caminos antes nunca vistos, ilumina la oscuridad de la noche haciéndola extraña en su feudo, actúa de faro y vigía entregándonos confianza, animándonos a despertar del sueño, a pisar espacios que nunca fueron hollados, a andar por las crestas de las dunas, a perderse en el reino de la arena donde caer jamás hará daño.



Si das por algún casual con alacranes, pregúntate si flota un miedo a ser engañado en tu vida; si te ronda un escorpión a la noche, medita si escondes un aguijón para el que se te acerca demasiado; si viniera hacia ti una serpiente dentada, reflexiona sobre la posibilidad de que el veneno aún navegue por tu sangre. Y si, no lo dicte la voluntad del cielo, sufres por mordedura o aguijónazo, sé capaz de ir más allá del miedo a la muerte, cruza las praderas marinas de los sargazos, déjate llevar a la orilla donde nunca varaste, y asistirás al hundimiento en los abismos de las bestias más oscuras: los escorpiones habitarán caracolas, los alacranes esculpirán conchas, y las serpientes tejerán un capacho de juncos con el que volverás a ser

un niño abandonado a la voluntad de la  
fuente que brota dentro de tu desierto.

Dicen que tras estrellar su avión en un médano, una noche calentándose en la hoguera a la espera de ayuda, Saint-Exupéry oyó la voz del Principito en medio del desierto, y allí mismo entendió que nacía en la calma del oleaje de su cabeza, y comprendió lo absurdo de esperar socorro de fuera, pues la voz había surgido del más profundo de sus vacíos, a la vera de las estrellas que gritan su luz mudas, envuelta por el rumor del viento en sus oídos, escapándose la arena de sus dedos, alejado del lenguaje que hablaba el mundo, anegado por la vastedad del silencio, por fin entregado a la libertad de ser el niño que siempre había sido.

«Siéntate aquí en mi lomo», te dice la duna. «Siéntate aquí en mi cresta», te dice la ola salpicándote de espuma. «No temas mirar más allá de nosotras» hablan las dos al unísono. «Tiéndete en la arena, tiéndete en el agua, bucea en esa sensación ingrávida, no interfieras en lo que escapa, aquíetate en ese no hacer nada, desenfócate del centro cuanto más te abandonas». Pozo a pozo va abriéndose el desierto, isla a isla va entregándose el mar, y brizna a brizna te das cuenta de que no hace falta seguir en la brecha, malgastar pinceles para llenar de colores este cuadro, dedicar esfuerzos a memorizar los detalles del paisaje... «Todo se irá porque nunca estuvo, nada tendrá fin porque nunca nada tuvo comienzo, todo siempre estará porque nunca se

ha marchado, todo siempre comenzará  
porque nunca ha cesado».  
Eso te cuentan la ola y la duna como si  
fueran una.

Si Moisés vio la zarza ardiente tras años de desierto para cumplir en los designios; si el fanal de los profetas, Elías, lloró sobre su sombra en la aspereza de las cuevas de Horeb; si el amor de los amores, Yeshua, decidió internarse en el vientre de la arena cuarenta días para saldar cuentas con sus fieras, ¿no somos todos Moisés, Elías o Yeshua?, ¿antes de ser presencia no colgaremos todas nuestras cargas?, ¿qué hemos de hacer para no hacer nada?, ¿qué hemos de saber para no saber nada?, ¿qué hemos de comprender para no comprender nada?, ¿qué hemos de ser para no ser nada?...

Y uno, cogido al silencio, deja marchar sus autoengaños, las historias del personaje que habita esta mente y este cuerpo desde que somos niños. El silencio es como una tormenta de arena para los ojos, te ciega a lo que no es necesario ver, te libra de todo espejismo, te libera de todo oasis no verdadero, cubre de polvo lo que creías impoluto, transforma lo que parecía sólido y trastoca todo de sitio. El silencio hiende la soledad con el fulgor de una flama...

Fue en el desierto la compresión del mar...  
Darme cuenta de ser alguien para dejar de  
ser alguien,  
Darme cuenta de ser eso para dejar de ser eso,  
Darme cuenta para dejar de darme cuenta,  
Dar cuenta para dejar de dar cuenta,  
Dar para dejar de dar,  
Dar para dar...



¿Cómo vas a encontrarte vacío si no haces suelta de lo que te llena?, ¿cómo tocas el silencio si tu arpa no está callada?, ¿cómo entender hasta dónde puedes coger agua del pozo si no has hecho descender a lo profundo el cubo?, ¿cómo desmayarte si no te abandonas al mareo?, ¿cómo llegar a ser peces del desierto si no somos capaces de respirar bajo la arena?, ¿cómo enderezar el viento con una palabra si no amamos nuestra garganta?... ¿Cómo?, ¡dime, hermano!... ¿Cómo?

Como que dos y dos son cuatro la luna cuando está llena calla, ¿y no está acaso iluminando el desierto a la noche?

Como que cinco y cinco son diez el sol cuando se alza calla, ¿y no está acaso regando de luz la vida durante el día?

Como que seis y seis son doce, ¿no hablan las estrellas a oscuras con más fuerza si las observas en silencio?

Como que fui algo que no soy, siento una luz que restalla nueva en el firmamento, y al igual que la luna, el sol o las estrellas desprenden su onda de luz sin esfuerzo, así cada día alumbra esta flama que va despertando de la oscuridad aquello que andaba perdido en lo que siempre estuve haciendo. Dondequiera que va esta luz que me acompaña se va adentrando, poco a poco, entre mis ideas, mis creencias, sin imposiciones va encendiendo en cuanto toca un haz de resplandores que tumba el credo, y sé porque entonces no sabré, que la claridad llegará un día deslumbradora, cegándome a los ojos todo lo que hasta entonces había visto, dándome luz a todo lo que hasta entonces no había visto.

Y como uno y uno son dos, te digo hermano que la paz será una.

Somos la conciencia de ser hecha chispa y llama en la tierra, el humo desprendido del incienso, que asciende y desciende, da vueltas, flota, cae, cabriolea y se desdobra en varios hilos ante nuestros ojos, su gris poco a poco desvanecido en el aire que lo sostiene hasta fundirse con él de nuevo, invisible y a la vez presente reintegrado en la conciencia. Así es la duna del desierto, así es la ola del mar, yendo y viniendo, siendo y no siendo, puro ser más allá de querer ser, puro estar más allá de querer estar. Humo evadido que regresa a su desierto, a su mar de aire.

El silencio es la música del desierto  
El oleaje es la música del mar,  
Dondequiera que haya silencio  
Sonará el desierto,  
Dondequiera que haya oleaje,  
Sonará el mar.

Mi piel es la arena susurrada por el viento, mi voz es el agua nombrada por la tierra, mi cuerpo este desierto que a veces me desampara, mi corazón este mar que de cuando en cuando se agita...sólo el alma comprende la piel de la arena, sólo el alma comprende la voz del agua, sólo el alma le da al cuerpo la vida, sólo el alma le da al corazón la llama...sólo el alma conoce al alma.

Da igual donde busques, da igual donde vayas, da igual que sientas la arena o el agua, eres un soñador que sueña ser un camello que bebe de un río o un renacuajo que se transforma en rana. Cruzarás desiertos, cruzarás océanos, hallarás faros que te guiarán entre las olas, hallarás huellas que te guiarán entre las dunas, y acabarás harto de tu peso, pues no sabrás para qué o quién cargas sobre tu joroba. Puede que sea entonces cuando dejes de soñar y despiertes, lejos de sentirte camello que trota en la arena o rana que nada en la charca, y a la vera de un mañana que nunca llega como deseas, comprenderás que eres duna y arena, ola y agua, que las dunas y las olas no tienen devenir ni antaño, que esperan sin espera a que las huelle o las nade, más allá de todo lo

que en realidad suceda, sin dejar de ser lo que serán o lo que fueron, aquietadas en un sencillo darse a lo que venga, bajo la luz del sol y la luz de la luna que ríela en el río antes de perderse en el mar.

Si tú crees que ya has recorrido el desierto... si tú crees que ya has navegado el mar...entonces no sabes nada... Nada has de recorrer, nada has de navegar... las olas están hechas de granos de arena curtidos por el sol y el viento... las dunas están hechas de gotas de agua saladas por la brisa y la espuma... Tu yo no es tú y nada, tu tú no es tú y nada, nada, nada sobre la arena y llegarás al océano, nada, nada, nada en el agua y llegarás al desierto, y cuando dejes de nadar flotarás en la quietud del mar que es desierto, allá donde no hay dónde, allá donde no hay cuándo, y ese tú que calzas no sea más que agua en el mar, arena en el desierto.



La vuelta no es más que sueño. Dejar tu equipaje aún lamido por la arena sobre el parqué de madera, contemplar las paredes que limitan los espacios de tu casa y verterse un rumor de mar que andaba apresado en tus ojos. Ver surgir la imagen del horizonte sin mordaza, romper las dunas en los arrecifes del recuerdo, y sentir que a la que has llegado quizá nunca fue de verdad tu casa, que más allá de muros y posesiones las cosas cambian, que entre estas paredes duermes en sueños a la noche, y expresas la conciencia del todo cuando al mirar sin filtro despiertas de mañana. Por eso ahora sabes que algo dentro grita muy profundo, «¡tu hogar reposa en el silencio del desierto!, ¡tu hogar arde en la lumbre de la montaña!, ¡tu hogar es el aroma del bosque que

respiras!»... Y lloras al saber que la libertad es tu casa, que ni la tierra que pisas o el universo que intuyes tiene trazo alguno que defina el hogar que es tu alma.

Comprender el desierto es comprender  
el mar  
Comprender la vida es comprender la  
muerte  
Comprender el camino es comprender el  
paso  
Comprender el vacío es comprender el todo  
Comprender la luz es comprender la  
sombra  
Comprender el ahora es comprender lo  
eterno  
Comprender el caos es comprender el orden  
Comprender la gota es comprender al  
océano  
Comprender la hoja es comprender al árbol  
Comprender la tierra es comprender el cielo  
Comprenderse a uno es comprender a todos.







